

NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS

Buscar la lengua

Poesía reunida 1975-2015

bokeh * 

© Néstor Díaz de Villegas, 2015

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2015

© Bokeh, 2015

ISBN: 978-94-91515-33-0

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Helter Shtetl

Homúnculo

El plomo (que en tu idioma es *plumbum*)
pierde los dientes al entrometerse
en los asuntos de las madrugadas
frente al horno y las sales simples
cuando los ojos desean al homúnculo
verlo saltar del fuego con pies desnudos
y soplarse los dedos (que en tu idioma son
«fingos», cinco) como si pronunciar
el número dividiera la carne
o si la luna por ser tu *moona* fuera
de plata, o si escapara el mercurio
de fuego invertido con alas, y esa misma pata
pisara las brasas y el plomo aullara
plúmbeo, plomizo, en los rincones,
convirtiéndose en churre, por un tamiz
devuelto al oro, espéculas de grasa
dispersas en las canas que excreta el polvo
y su gramo de sarna: de esos desechos, de esas
células muertas, de esas uñas mondadas,
el homúnculo traga, se hace negro y fiero,
es un mendigo que usurpó el derecho
a la palabra y entonó un himno nuevo
a la causa de causas desde el fondo del fuego.

Pomona

Como quien pela una naranja,
así dejarlo todo en lo escueto.
La cáscara mondada, una cinta,
y el pellejo albino, cruzado
de venas, glóbulos de masa,
el tejido de lo interno; y luego,
la pulpa dorada, vasos
de zumo apretados en ámpulas,
donde reposan las semillas
de un matiz ceniciento. Lo
rojo y lo amarillo hacen
allí su casa incandescente.
Meto el dedo en el ombligo
y obligo a la cáscara a desnudarse,
a romperse como un himen.
El dedo en lo jugoso y agridulce;
cabe en la palma de mi mano
un orbe; mis glándulas están hechas
como resortes de la vida,
y ensalivan. Los órganos segregan,
y la naranja chorrea, roja,
redonda y universal, como
un planeta deshabitado.

Acaso los sabores vengan
a la Tierra a través de los rayos
mensajeros de Marte y de la Luna,

fríos, ácidos, rugosos y densos
de lluvia planetaria, que
me cae en la lengua. Aprieto
las mandíbulas, atenazado por
el cuerpo del fruto. Dentro de
mí dará semillas y señas.
El árbol sefirótico amamanta
lo grande y lo pequeño.
Como se pela una naranja
y aparece el sentido escueto,
así dejarlo todo en lo profundo.

Helter Shtetl

Ya entendí, libro, que antes
de entenderte, no existes.
Una especie de desgano,
de prohibirte ser, y también
una manera de evitar que caigas,
no como un niño, sino como
un anciano, en el deber, en
el engaño de lo patente,
en el barro de lo aparente.
Quise mantenerte incompetente
y tibio. Sospechar de lo bello
es tu deber y tu compromiso.

Pero un día, al tenerte, al
contemplarte y volver a verte,
encontré que ya sabía tu nombre:
Helter Shtetl. ¿Qué hay
en un título? Un estado
de cosas, un estado especial,
un *eingestate* de pronunciamientos,
un álbum de los Beatles,
un villorrio jasídico hecho
polvo, una cuerda en la nieve,
el recuerdo de Isaac Bashevis
Singer en la universidad,
leyendo de su libro con voz
y deajo fuertes, ya viejo.

Todo esto fuiste como por espejo.
Entonces te vi en un filo del hielo,
entre la gente, tu sombra me cayó
como algo caliente en el pelo...

¡Ah, tus grandes entradas, *Helter Shtet!*

Otaku

Un catálogo de sentimientos expresados una vez en un volante o en una obra aislada, en un *show* lejano de una galería dedicada al manga; torpe y lascivo desinterés, digamos, o el desgano japonés; lo experimentamos una sola vez, ahora lo dejamos aletear en el papel, el sentimiento cruel, evaporado antes de nacer, y esa rapidez en desaparecer es su legado.

Velázquez y Rubens repasan El Escorial

Dados los claros zapatos, las hebillas
de plata, los tacones jorobados sobre
el entarimado, avanzan entre telas,
tensados hasta los dientes, señalando
el Tiziano radiante, los azules Bronzino.

Hay un aire de campo de Marte
en las trizas del cielo. Pero la redecilla, y allí
únicamente el aire, el céfiro del lienzo.
Basta que sople en el emolumento
ese viento tajado entre los cedros.
Lo que calla y espera es el espejo.
Tu suegro encontró aquí un Ribera,
y un frutero que parecía dar miel de otro
cuerpo, si la fruta acaramelada por el óleo
madurara por dentro, aunque por fuera.

Estas son las obras de mi desconcierto.
Estos son mis sueños despiertos. Hablan del
ayer en un lenguaje neutro, entre tú y yo.
Sabemos. Se dan los dedos, rezan juntos
frente al Tintoretto. ¿Para qué son los
santos de los templos? ¿Has probado el
barniz de trementina? Si no hay un
trazo de aceite en la retina, si la
gordura, el reuma o el glaucoma.

Las hebillas de cuatro pies divinos,
un centauro en las salas, la resina, la sal
o la pez rubia, las castañas al fuego de la alcoba,
donde los reyes de la pintura nombran
o deponen monarcas de cortes españolas
con solo mirarlos. La uva cimarrona
en un plato, un faisán obedece, como
un perro, y el perro reina sobre la corona,
en sus dominios no se pone el sol,
porque el sol en el lienzo nunca es súbdito
del que no declina. Y la estrella de bilis
en la yema del huevo determina el rumbo
de los barcos. Anclados a sus marcos...

La Fijeza

La pintura y la escritura
fueron hechas para ser miradas,

no habladas, no exclamadas
o explicadas: lo que ves, es.

Es lo que hay. Materia viva,
armonía restablecida,

estrella fija a la que
volverá la vista, una y
otra vez en busca de noticias.

Einstein y Gödel pasean por Linden Lane

Has de saber que la distribución de la materia debe originar un cierto discutible temblor en mi frente al dictar cátedra sobre el presente. Un tiempo de miseria, doble convaleciente, el caso de la histeria de tu hijo adolescente, que morirá senil en plena gloria, y el hijo que pariste en mi memoria. (Escupe picadura, el humo roza una explicación). Sobre el paraguas, las rodillas, la esfera. No es el agua...

Bien, en lo que concierne a la rotación sobre el axis. Pero si el tiempo abstracto desdeña lo fluido es solo porque el caparazón de lo pensado, y tal vez con él pueda fabricarse un círculo donde la recurrencia quede intacta de manera que todo se retracte (el presente se encuentra en el pasado, y el pasado, marcado con los dientes, está en el centro y por todos lados).

El absurdo, si ideado, es complemento en ese plano. Un muro gris de cemento, y luego hay cuatro patas de bestias de trabajo con zapatos simétricos, en pares. Einstein y Gödel marchan, la Mercaba desciende sobre New Jersey, las sandalias y el agua

en los charcos de diciembre, cuyo animal
sagrado tiene cuatro alas y cuatro caras: una
de águila, una de león (van y vienen),
una de toro y otra de máscara humana. El
nombre de dios está en tus canas, en el
epicentro del mañana. Caminamos alegres.

Materia en rotación: imperceptiblemente
el tiempo ha gravitado hacia el poniente.
Vuelto de espaldas toco el hombro de Einstein,
el presidente de la materia y el evento.
Estamos en Linden Lane, pateamos nieve.
El universo se abre a nuestros pasos breves.

El Louvre de Bergen-Belsen

¡Vamos, poeta, enróllate las mangas!
Tu manufacturado basalto cruje
en los pilones coronados por el sol
del oeste, cabalgando entre nubes,
enganchado al carro de la Crisis, de
ochocientos caballos de fuerza pura.

Abreviaturas de imperios en tu
plaquette de ceniza, en la producción
de escenas escritas y reproducidas
en masa, como si fueran realidad.

Evangelio autorizado y vaporizado en
varias etapas donde el destino del hombre
queda explicado, el amor agotado en
mil escenas menores, y cada ironía
hecha polvo: la ruina puede ser pródiga
en pleonasmos, la caída es la madre de toda
certeza. Momento único, ¡abre la boca!

¡Ven, poeta, embriágate en las aguas del
Hudson, abrevadero y vértice dulce,
Ganges del escritorzuelo tumbado en la
hierba, bebiendo en el espejo un azogue
más fuerte que el veneno! ¡Imposible,
imposible contemplarse hoy a sí mismo!

Los perros salieron a lamer las costras
de la ciudad. Es duro retener el
excremento cuando el alma propia
va saliéndose por el trasero y el ojo
escruta los cementerios en busca de eso
que después llamaremos «culminación».

¿Quién usó las palabras que todos sabemos?
¿No es hora acaso de aprender de los
letreros y arrancar con cinceles todo
lo escrito desde el principio del Imperio?
Pisotear las consignas que regresan disfrazadas
de lírica, de recuerdo. No se ha entendido
bien el alcance de lo vivo si seguimos
haciéndonos los muertos, vencidos ayer
tanto como hoy vencemos, engreídos, intrusos
en la tierra, adonde regresaremos tarde o temprano.

Entonces, ¿es posible escribir poesía después
del entretenimiento? ¿No ha sido nuestro Auschwitz
cien veces más largo en el tiempo, y nuestro
Bergen-Belsen más bello que un Louvre abierto?

La llave

El caballo muestra la grupa
en escorzo de Flandes.
Gorgueras de emplastes
rizados y tachismos súbitos.
¿Qué sonrisa modesta y sorda
cruza la cara del ambiguo Spínola?
Soldados rasos y vasallos
no son menos que los rayos
de las lanzas alzadas, negras
sobre fondo azul Tiziano.
No permite genuflexiones
el verdadero esclavo de
las apariencias; lo bello
no admite el beso de la
rodilla en el suelo, ni
el suceso recogido; el vuelo
de la perspectiva crea
toda la deferencia permitida.
Los caballos cocean, el mundo
es escenario de batallas,
pero de otro orden; hondo,
en lo profundo, un chancro
corroe el glande de un hombre,
y allí la historia es podredumbre
bajo el percal crispado de
las bragas. La pudrición esconde
la cabeza entre las piernas.

Se descubre lesión, la piel
enseña prudencia, bulle
en la selva negra la vileza
agazapada en el triunfo, y de ésa
queda un pronombre, el hueso,
y la plaza que pasa de manos.
El horizonte es también humano,
la vertical descansa: un lado
ha llegado hasta nosotros,
y basta. Todo significado
debe buscar la tela como
busca el barco la vela o como
un mapa busca la Tierra.
La novela de estas almas muertas
quedó pintada. Lucha retratada
en la corteza de lo real, sembrada
en la arena la memoria de la
guerra. Cualquier guerra, qué importa
si se rinde Breda o si se trataba
de deponer las almas ante las huestes
de las horas, con una llave negra.

Resignación

Toma una vida aceptar,
solo aceptar consume tantas
horas. Cocerás paulatinamente
el invierno, las hojas caídas,
si vienes de las zonas eternamente
verdes, de los piélagos y las
lomas. Toma una vida conocer
el cierzo, entender los pinos y
sus formas. Los bosques transformados
que se ahogan. Los lagos cuajados
que se quejan. Las nuevas cosas.

Y luego, con esa materia,
con el fango bajo la suela y la nieve
negra, con el sol en el lodo y el
temblor de las piedras, poder decirlo
en el poema. Decirlo te ha costado
la vida. Y ya que eres otro, abandonarlo
todo, descubrir otras selvas,
saltar bajo otras ruedas,
abrirte en otros ojos...

George Romero

Era un pueblo sencillo, de casas normalonas
y jardines cerrados, aunque comunicantes,
los parques y las rosas descendían de Marte,
distópicas auroras y atormentados ámbitos.

Cada cual en su sombra comía de las sobras
dejadas sin reservas por los fantaseadores.
En la selva había negros y en la sierra tractores
y abuelas sin cerebro y abuelos senadores.

Pero un día de otoño, al caer de una hoja,
apareció en el pueblo un muñeco de carne.
Tenía las uñas flojas y la boca de sangre.
Los ojos eran huecos rellenos de desastre.

¡Era el zombi a las puertas! ¡La *Kristallnacht* soñada
llegaba sin decirlo a rastrear el aroma
de los vivos! La muerte era su comadróna
y daba a luz carroña, procaz, procreadora.

El zombi comía mierda, carátulas de obras,
y todo lo que, helado, diera muestras de miedo.
El zombi era la muerte como místico enredo.
La carne sabía a gloria, y las tripas a *Jell-O*.

Cansado de ser gente decidió ser un perro,
y masticar cabezas. El sucio cementerio

era ahora su cueva por detrás del Imperio.
Cerramos las ventanas, nos roímos por dentro,

porque, afuera, la luna nos reía los huesos.
Salvajes en ayunas, cadáveres silentes
que supimos callarnos desde el hueco a la cuna.
¡Oh, nosotros, los muertos cansados e impacientes,

seguidores del zombi, sin voz ni voto, alzamos
los pies! (Los brazos iban al frente). Autómatas
en un pueblo sencillo, de casas normalonas,
rompíamos los huertos, causábamos estragos...

(Dicen que nuestra raza de asesinos a sueldo
salió de las cloacas de Santiago de Cuba:
Romero es más cubano que la carne con papas
cuando el *meat and potatoes* es un caldo de bruja).

Ditirambo a Príapo

¡Que todo en ti se concentre en el ombligo!
Ónfalo, signo de que estamos vivos. Nos mira
con su ojo de cíclope el glande parsimonioso.
Hay una cópula y dos manos que aprietan.
La hiedra negra, rubia como la cerveza,
crece en el tronco del roble que habitas.

La liebre se esconde en tu corteza. Las aves
vienen a posarse en tus venas, bajan
ríos de leche por tus piernas de piedra.

El sapo mama tu gorda calabaza,
redonda y eterna, sin asas, rechoncha
y caliente como una cabra, y tus
campanas cuelgan de las ingles.
Suenan. Dentro de cada una hay

seres infinitesimales que corren a gatas,
pequeñeces albinas que preñan o caen
en las hojas, gota a gota: Elixir de Larga Vida.
El chorro alcanza la palma de la
Resurrección. Tus patas de antílope flaquean
por el lechazo. La lechuga es un rayo de
cenizas. Todo aletea cuando Príapo se

avienta, y cuando mea en las paredes
el mundo se tiñe de dorado y de negro.

Un gamo ofrece su lomo tierno para que
lo montes, Padre. En el monte desapareces,
jinete monótono y súbito: Príapo vitalicio.

El hombre que vendió el tiempo

וימנע מרשעים אורם

Job 38:15

Soy el hombre que nació sin tiempo,
como sin sangre nació el vampiro.

Un judío me cambió el tiempo, un
usurero y prestamista. Soy el hombre

que nació con cuerpo, pero sin
orejas, ni manos, ni piernas.

Me desoriento; soy un tronco seco,
un reloj atrasado, el becerro humano,

el monstruo de las dos cabezas. Soy enano;
para mí el tiempo es pequeño, más

pequeño que mi mano. A veces soy
un gigante comparado con el tiempo;

pero vivo engañado, y quizás mi tamaño
no sea más que la prerrogativa del

desprecio. La era de los gigantes pasó
a segundo plano, adonde no llego

porque mis piernas se secaron, cedieron.
Se me ve en los ojos quién era; se advierte

en el sol que no me toca y en la piel
que se incendia, abochornada. Mi

imagen no resiste reflejarse en los cristales
porque allí el tiempo es complejo, es

la función trascendente del cero. Allí
soy viejo como un perro callejero, allí

soy el indigente del momento. No hay
corriente en el cristal de enfrente, ni

manera de sobornar al judío bolitero.
Moriré caliente, pero sin sueños, sin

verdadero amor, sin verdadera muerte.
A cambio de dinero di mi suerte; pero

una vez trocada, la moneda se revierte
en la conciencia: «Se hizo mi dueña».

Por dentro va el desastre, por dentro
va la deuda. Nací durante un eclipse;

mis progenitores acataron el fallo de
los dioses: «Fabricaré cristales». Hasta

que no creas, dijeron, comerás de la hierba
seca de los tejados. Vomitarás ayeres.

Serás perro entre las fieras; mierda
en la ciudad perversa, vieja, enferma.

Serás el hombre que vendió el tiempo,
al que le falta un dedo y es ciego, como

un becerro humano. El vampiro del fluir.
El que no llegará nunca a lo de siempre.

Artes Poeticae

Prometemos no hablar de lo doméstico.
Ciertamente, no escribo para el pueblo.
¡A mí el pueblo no me ha dado nada!
Prometemos salirnos del coloquio,
ignorar las escenas de familia, no
escuchar su jolgorio, evitar el ritmo
de la lengua vuelta en contra de sí
misma. No hablar como los otros.
Agotar el ritmo y bailar antes que
caminar, o caminar intoxicado
por una ciudad que es la misma y
es otra. No hablar de libertad, de
la pobreza de los pobres de espíritu.
Que cada cual se las arregle como
pueda: de cada cual según su delirio.
Es el regalo que me dejó el marxismo.
Pero, sobre todo, ¡evitar el coloquialismo!
No hablar de todo, sino de unas pocas cosas
enredadas, odiosas, las más preciosas
y horribles. No mencionar a la esposa ni
a los niños. Saber lo que me pasa (lo
que pasa realmente) es mucho más que
un libro dejado sobre la mesa: es un abismo,
y nada, absolutamente nada, lo expresa.